

# REVISTA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

La opinión señaló este certamen bienal, como superior al que se celebró en 1897, si bien el número de obras presentadas, fué bastante menor. Pero no se ha precisado si está en esto la superioridad, ó en la abundancia de obras maestras. Sin duda, todo contribuyó, y más que nada, el triunfo cada vez más patente del realismo, el gusto moderno, que nos ofrece asuntos tomados del mundo actual y de la vida corriente, y aspectos de la naturaleza que seducen, por la viveza de la luz y por las delicadezas del color. Es verdad que la libertad imperante, de que se hace gala, produce extravíos tales como pintar asuntos propios de la Literatura, hasta el punto de necesitar bajo el lienzo la explicación escrita, y otras veces, cuando se pinta no más alguno de dichos aspectos, sin ulterior finalidad, suelen caer por ese lado los pintores en lo vulgar, en lo trivial y en lo frívolo. En una palabra, se pinta todo, como si todo fuera pintoresco, y no se tiene en cuenta, que esta es la condición indispensable, para que un motivo sea digno de ser elegido por el artista.

Sin pensar, hemos comenzado por hablar de Pintura, lo cual se explica, porque el crecido número de cuadros absorbe la mayor parte del interés que el público dedica al certamen. En la sección de Pintura, se señalaron como las obras más sobresalientes los cuadros, especialmente dos, de Sorolla, otro cuadro de Moreno Carbonero y la colección de dibujos del *Quijote*, de don José Jiménez Aranda.

Los citados cuadros de Sorolla se titulan *Cosiendo la vela* y *Comiendo en la barca*.



Cuadro de JOAQUÍN SOROLLA.

COMIENDO EN LA BARCA

Fot. Franzen Asenjo.

ca; el primero, es un admirable efecto de luz, de la luz del sol en la costa valenciana. Pocas veces se habrá pintado con mayor valentía y riqueza de color un tema luminoso. La luz, es en él el punto principal; la enorme masa de la vela en el suelo, las figuras, los arbustos y flores son, por decirlo así, los accidentes de la composición; pintada ésta á luz difusa, sería siempre un conjunto pintoresco; pero no heriría nuestros ojos con tan poderoso efecto, ni nos asombraría por el acierto con que el artista ha sabido pintar la luz, venciendo numerosas dificultades. Este cuadro, obtuvo ya señalado éxito en el *Salón de París* del pasado año. *Comiendo en la barca*, es por el contrario, un tema de medias tintas muy feliz; gustó muchísimo y vendiose á alto precio. El cuadro de Moreno Carbonero, representa la singular batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y es la composición de mayor tamaño y más estudiada que de esta clase de asuntos ha pintado el autor. El mérito de su nueva composición está, sobre todo, en la elegancia de la factura y en el conjunto pintoresco. Los dibujos que en número de 130 ha presentado el ilustre artista don José Jiménez Aranda, son, no ya las ilustraciones, sino la reproducción gráfica de los seis primeros capítulos del *Quijote*; los expuso bajo el título de *Primera salida del Ingenioso Hidalgo*. Una parte de esta obra colosal, á la que desde hace tiempo viene dedicando en Sevilla el señor Jiménez Aranda su talento y su actividad, fué conocida en Barcelona en la Exposición del pasado año, y también son conocidos otros trozos de ella en el extranjero; pero no se había visto hasta ahora el conjunto, que asombra por la cantidad de trabajo, por la maestría con que está ejecutado y por la inagotable vena del artista.

Para señalar de una vez todo lo extraordinario que en la Exposición se vió, debemos citar dos bustos escultóricos de Miguel Blay, y en la sección de Arte decorativo, la colección de dibujos de los alumnos del señor Pascó, en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. De los bustos de Blay, uno en yeso, *Mujeres y flores*, es de una corrección tan moderna, de un conjunto tan sobrio, que ya bastaría para representar la distinguida personalidad del autor; pero aun excede en aquellas cualidades y pas-

ma por la delicadeza tan estética con que está expresado el encanto de la infancia, un busto de mármol, retrato de una linda niña.

Los dibujos de los alumnos del señor Pascó son de notar, porque nos dan á conocer que en España, el país en que la enseñanza es, en general, más rutinaria, hay un profesor de bastante iniciativa para implantar un sistema tan racional y eficaz, que permite al dibujante elevarse desde el conocimiento del modelo, en todos sus accidentes, hasta la interpretación decorativa del mismo, conforme á ellos. Es un sistema que enseña á ejecutar y á pensar, y de resultados incalculables para nuestras artes decorativas.

Cinco artistas hemos citado, por ser á nuestro juicio los que más se distinguieron con obras de verdadera novedad, ó por el mérito, ó por el género, ó por la tendencia que muestran. Además de ellos, se distinguieron otros muchos, algunos por su condición de maestros consagrados de antiguo, otros, porque revelan aciertos muy dignos de aplauso.

Los pintores españoles pueden hoy estudiarse en cuatro grupos que, en rigor, persisten y se diferencian desde los comienzos de la historia de la pintura en España, sin que valga por esto reconocer en ellos elementos tradicionales de escuela, pero sí de temperamento local. Dichos grupos son: el de los pintores catalanes, el de los valencianos, el de los andaluces y el de los castellanos, comprendiendo en éstos, los pocos cultivadores del arte en las provincias del N. y NO. de la Península. Pues no hay que olvidar, que en cada grupo se encuentran todas las tendencias, desde lo arcaico hasta lo modernista. En el grupo catalán, predomina una tendencia influida del modernismo francés. Se distinguió entre todos los pintores catalanes Santiago Rusiñol, con sus sobrias figuras de frailes, con un retrato en grupo de dos gemelas, feliz contraste de siluetas negras y fondo de notas claras, y con un retrato de hombre, una cabeza, que es sin disputa, el trozo de pintura más notable que hubo en la Exposición. Brull, en su composición *Las ninfas del ocaso*, dió una nota reposada del sentimiento de la Naturaleza en el desnudo, y en el misterio del crepúsculo. Este inspiró también á Eliseo Meifrén su hermoso cuadro *Natura*, y á Villalonga, una preciosa vista de París. El señor Triadó en *El Gólgota*, sorprendió por la elevada sencillez con que expresa el asunto. El señor Mir presentó tres cuadros bien distintos, variedad que le honra tanto como la valentía de la ejecución: uno es de figuras, *La catedral de los pobres*, efecto de sol, contraste de rojos y verdes; otro es *El huerto de la ermita*, estudio de lozano paisaje; y otro, *El estanque*, alarde impresionista, el más atrevido del Certamen. El paisaje de Raurich, costas de Pineda, es una hermosa pintura, sólida, valiente, de poderoso efecto, y más felices aun son los estudios que el mismo autor presentó reunidos en un cuadro. El señor Junyent, en su composición *El voto*, dió un precioso efecto de luz artificial.

El grupo valenciano, es eminentemente colorista. En él, aparte de Sorolla, tenemos el maestro Sala, que ha reunido ante el público obras pintadas hace tiempo, como los retratos de Campoamor y de Echegaray, el de éste muy elegante de factura, y otros, hechos recientemente, entre los que es de notar uno de niña, muy fino; don Ignacio Pinazo, otro maestro, que presentó varios retratos, uno de señora anciana, pintado con gran soltura y acierto, y dos composiciones, dos figuras la una, *Sancho leyendo el Quijote*, expresiva pero poco agradable, y la otra, titulada *La lección de memoria*, muy bien de expresión. Cecilio Plá, en su composición *Amor vencido*, lució su ejecución fácil y la fidelidad con que sabe pintar telas. Don Fernando Cabrera Cantó, en su cuadro *Mors in vita*, uno de los pocos asuntos que hay en el Certamen, nos ofreció junto á las tristes penumbras de una sala de disección, un risueño y luminoso paisaje. Diaz Panades, ejecuta con mucha espontaneidad. El joven artista señor Legua, demostró con su cuadro *Prófugo* que sabe componer y sabe dibujar.

Los pintores andaluces muestran casi todos una cualidad común; la entonación caliente, que parece una consecuencia de la viva luz de su tierra. Sin hacer más que repetir aquí los nombres de Jiménez Aranda y Moreno Carbonero, hay que hablar primeramente de otro artista insigne, Gonzalo Bilbao, que en sus cuadros *La madre-cita* y *Mar de levante*, sobre todo en el primero, lució una ejecución franca y unos atrevimientos de color, admirables. Seguidamente, hay que hablar de los cuadros de don Federico Godoy, quien se reveló artista de grandes vuelos, sobre todo en la composición que titula *La toilette*, una de las mejores del Certamen, dibujada como se ven pocas y pintada con sumo acierto y valentía. También estuvo muy acertado don Felipe Abarzuza, en el cuadro *Velatorio, Ilusiones y Realidades*, que nos otrece la luz y la sombra, pintadas con mucha fidelidad. Se distinguieron, el señor Muñoz de Lucena con sus composiciones *Ítilio* y *Dar de beber al sediento*, pintadas con brillantez; el señor Bertodano por su cuadro *En la huería*, de saliente entonación; y el señor Parlado en *El descanso* y *Un buen amigo*, de factura vigorosa y elegante.

Los pintores castellanos, son los que ofrecen más variedad. Por una parte, obtuvo completo éxito don Luis Menéndez Pidal con su cuadro *Salus Infirmorum*, cuadro de sabor arcaico, pues su entonación recuerda la de los cuadros de los maestros del siglo XVII; y por otra parte, encontramos la composición del modernista don Anselmo Guínea, titulada *Pascua florida*, procesión en la campiña vascongada, pintada con una frescura y unas delicadezas de color que le dan valor grandísimo y le colocan muy por encima de muchas obras presentadas.

Moderno pintan también y bien lo demuestran, el señor Parada Fustel con *Los satélites*, obra de colorista; el señor Hernández Nájera con *La feria de Santiponce*, composición graciosa; Sánchez Solá con *El destete*, bonito cuadro; don Carlos Vázquez, con su gran lienzo *Velásquez pintando la fragua* y con otro mucho mejor de género, titulado *Mis de Maria*; don José Angoloti con *El tesoro del pobre*, excelente muestra de buenas facultades; el señor Chicharro con *Las uvas*, página andaluza de carácter; el señor Alcalá Galiano con la composición novelesca *¡Rico quién te quiere á tí!* y *Vendimiadoras*, de entonación caliente; y el señor Francés Mexiá, con el expresivo cuadro de soldados *¡Mil ochocientos noventa y ocho!* acertado efecto de medias tintas. Más moderno todavía que todos estos, moderno hasta la excentricidad, se manifestó como siempre el puntillista don Darío Regoyos, con lienzos estimables, sobre todo el de una iglesia en Bruselas.

Por otro lado y en sentido clásico, estaba don Marcelino Santa María, con su interesante cuadro *El premio de una madre*, muy estudiado y correcto. También lo estaba en sus cuadritos, don José Aguado; pero es lástima que sólo pinte presos y civiles.

Don Ricardo Madrazo se distinguió por la elegancia, en los retratos de su señora y de su niño. Preciosa composición es la del señor Varela Sartorio, de dos religiosas en oración, y lindo cuadro de costumbres es *Plaza de Noya*, de Domínguez Mennier, que bien revela ser hijo de don Manuel Domínguez.

Nuestros pintores son pudorosos. No pintan desnudos, lo que sería tan útil para mejorar el dibujo. Nueve cuadros no más hubo de este género en la Exposición.

Las ciudades ninfas de Brull; *La verdad*, delicada figura de don Alejo Vera; *Leda*, graciosa, del señor Oliva; una mujer de espaldas, muy bien pintada por el señor Mesures; *Inocencia*, del señor Saenz; *Suspiciosa*, del señor Cersa; una figura decorativa del señor Varela Sartorio y un proyecto de techo del señor Jiménez Martín.

En la pintura de interiores se distinguieron notablemente el señor Comba, con una vista del estudio del inolvidable Rosales, el señor Romero y Mateo, con un fondo de iglesia y el señor Oliver Aznar, con la *Capilla del Cristo de la Seo de Zaragoza*.

De asunto histórico, género que está ya en demasía olvidado, citaremos la *Voca-*

muy elegante en sus trozos de la campiña de Toledo y de Madrid; Arredondo, muy agradable en su paisaje también toledano; y como paisaje de consideración el idilio que presenta don Matías Moreno. Asimismo, presentaron bonitos paisajes los señores Ramírez, Alba, Serrano, Monero, que pintó con bastante vigor la campiña burgalesa, Ferriz, Suay y Ramos Artal.—Morera no presentó como paisajista más que una parrá, pintada con bastante libertad; pero ofreció en cambio doce marinas del Cantá-



Cuadro de J. FRANCÉS.

MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y OCHO

Fot. Franzen y Asenjo.

brico, muy delicadas. Marinas notables son, *En alta mar* de J. Solís; *La Bahía de San Sebastián* de Gordón; *En la Concha de San Sebastián* de Ugarte; *Nuestras playas* de Abril, *Kompientes* de Puyano y unos estudios, de Martínez Abades.

No faltó en esta Exposición el delicado pintor de flores, Gesa ni sus discípulas; doña Julia Alcayde en *El puesto de mi calle*, lució una solidez de ejecución que carecen algunos hombres.

Solidez y poderoso realismo avaloran los bodegones de don Felipe Checa.

Entre los dibujos, sobresalieron los hechos al pastel por Vaamonde; entre las acuarelas, las de flores de doña Josefa Texidor y *Una gitana* del señor La Rocha; entre los grabados, el retrato de Gamazo, por Maura; los grabados en dulce por Ríos, y los grabados en madera por Sampietro.

En cuanto á la escultura, prescindiendo de agrupaciones regionales, mencionaremos en el género modernista á Inurria, que en un relieve con figuras exentas ha modelado notables desnudos; á Parera, que en su sentido grupo *Consuelo* revela felices inclinaciones á lo grandioso; á Montserrat, cuyo grupo *Amor y Trabajo* está puesto con gracia; á Marín que en un delicado busto y un grupo demuestra sus adelantos; á Mani Roig, impresionista del modelado, y á Martí Solanes, que siente el desnudo. Mención especial debe hacerse del soberbio bulto sobre despojos de la guerra, puesto y modelado con gran brío por doña Adela Ginés.

Mariano Benlliure sólo concurrió con un bronce pequeño, una especie de ondina dormida y acariciada por el agua y un busto en mármol y bronce de la señora Marquesa de Luque, todo ello modelado con la gracia que le es peculiar. Aniceto Marinas expuso otro busto de mármol y bronce precioso y el modelo de la estatua de Velázquez que, con motivo del centenario del grande artista, ha sido colocada delante del Museo de Pintura.

En otro género, más cercano á lo clásico, que en la escultura es un dogma, estaba el señor Alcoverro, con un relieve que nos descubre la puerta del cielo y su excelso Portero, y el modelo de la hermosa estatua de Balmes, que ha hecho para el Ministerio de Fomento; estaba el joven don Eugenio Martín, cuya obra *Un israelita* es lo más clásico que hay en el certamen; estaban don Aurelio Cabrera, con su vigorosa figura desnuda *Fecial*, don Julio Echeandía con otro desnudo, un gladiador, y don José Campeny con el grupo *A muerte*.



Cuadro de L. C. IBORRA.

¡AHORA SERÁ ELLA!

Fot. Franzen Asenjo.

ción de San Francisco, del señor Ros, muy bien de detalles arqueológicos, y el *Asalto de la escalera de Palacio en 1841*, del señor Morelli.

Los paisajistas castellanos, fieles en su mayor parte á la escuela de Haes, se mantuvieron á buena altura. Espina expuso dos hermosos cuadros, *Después de la lluvia* y *La flor de Casoria*. Avendaño, recreó el ánimo con *Una fuente en Galicia*; Beruete,

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BRUSÉLAS 1876

N. HUGUET



CARRETERA REAL

Salón París.

ROMÁN RIBERA



EL RINCÓN FAVORITO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

En el género decorativo, son de alabar los delicados bronce de don José Arijá, *Santa Mónica y Los Dolores gloriosos*; el relieve del señor Alsina *El Imperio romano*, bien compuesto y detallado con carácter, y unos grupos pequeños, preciosos, de don R. la Torre.

En la sección de arquitectura, lo mejor fué un proyecto de restauración de la catedral de Burgos, hecho por el señor Lampérez Romea.

La sección de arte decorativo, que debiera ser una Exposición especial, celebrada por separado, fué poco numerosa. Sin duda, la causa del retraimiento de muchos artistas que debían presentarse en ella, es el convencimiento de que el grande arte se lleva toda la atención del público y de la crítica. Muebles de Santa Bárbara, bronce de Masrriera, hierros repajados de Málaga y de Asins, esmaltes de Trabado, imitaciones de marfiles y metales de Oliva, pinturas decorativas de Lumbreras y La Torre; un boceto de decoración de teatro, vista del Ebro y de Zaragoza, por Luis Muriel; dibujos para ilustraciones, de Arja y de Triadó; todo esto y algo más, en conjunto

poco, pero bueno, representa una corriente de trabajo que, bien dirigida y generosa, mente estimulada, puede ayudar grandemente á la regeneración del país.

En una sala del palacio de Bellas Artes se instaló de una manera digna y acabadada la exposición de las obras del insigne paisajista don Carlos de Haes, fallecido el verano último, y á quien sus discípulos Morera y Beruete han rendido este tributo. La componen cerca de doscientas obras: algunos cuadros de particulares, otros del Gobierno y un crecido número de bocetos, muy acabados por cierto, de gran valor, por ser notas de color tomadas directamente del natural, que los testamentarios del artista regalaban al Museo de Arte Moderno; más una porción de dibujos y de aguafuertes. Disfrutábase en esta sala de casi toda la obra de Haes, el iniciador del estudio directo del natural en España, que produjo una revolución, cuyos frutos es el arte moderno, de que dió buena muestra este Certamen.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA  
(De la Real Academia de Bellas Artes.)

## MADRID ELEGANTE

VERANEIO ARISTOCRÁTICO

Por esta vez, hemos de buscar fuera de la Corte el asunto de estas crónicas; el *Madrid elegante* está fuera de Madrid.

La prensa diaria anuncia, oportunamente, la salida para las playas y balnearios de todos los que tienen unos cuantos miles de pesetas para gastárselos alegremente, y aun de muchos que no los tienen.

La moda se impone, y ya no hay persona que se estime, que permanezca en Madrid el mes de Agosto. Los que tal hacemos, somos unos temerarios que desafiamos la opinión pública.

Y esta nos condenará irremisiblemente.

La sociedad más elegante, la más *smart* del gran mundo madrileño, ha excojido este año para su veraneo á Saint Maurice, en Suiza; allí, en aquel delicioso sitio, se encontrarán reunidas á estas fechas, la Duquesa de Alba con su encantadora hija doña Sol, los Marqueses de Castrillo con sus hijas; la Condesa de Villagonzalo y sus hermanas la de Torre-Arias y Duquesa de Santo Mauro y otras muchas damas de nuestra primera aristocracia.

Por aquel hermoso país viajan también, en la actualidad, los Condes de Urbasa y su hermana la gentil Gloria Laguna, Condesa de Requena.

Dando un salto de gigante, de esos que solo puede salvar la pluma del periodista, transportémos desde la ideal Suiza, punto predilecto de los novios elegantes, á la que pudiéramos llamar la Suiza española, á Asturias, donde tantos próceres ilustres conservan sus casas solariegas.

En Asturias el veraneo es muy agradable; los alrededores de Gijón están poblados de preciosos hoteles, donde con frecuencia se celebran fiestas, bailes y banquetes.

Los Duques de Riansares con sus hijas solteras, ocupan todo el año su hermosa posesión de Montealegre, que se se anima durante el estío con las visitas de los deudos y amigos de los hijos de doña Cristina de Borbón; los Condes de Revillagigedo, unas veces habitan en el suntuoso palacio de Gijón, que sirvió de alojamiento á los Reyes de España, y otras en su soberbia posesión de Deva, donde obsequian á los amigos con fiestas espléndidas; los Marqueses de Canillejas están reclusos en su finca de Valdesoto, cercana á Oviedo; pero como aquella casa tiene honores de palacio, y el jardín es extenso como un parque real, y los dueños son hospitalarios como los antiguos castellanos, se ven siempre acompañados por parientes y amigos.

En Mieres, entre el estruendo de la fábrica, cuya capilla conserva aun los recuerdos de las magníficas bodas de la que fué señorita de Guilhou el Marqués de Villaviciosa de Asturias, se levanta el hotel de los padres de la Marquesa, que reparten el verano entre Francia y España; mientras que los padres del Marqués de Villaviciosa, don Alejandro Pidal y su señora, tienen su morada en Somió, que es la Meca de los conservadores asturianos; pero el ilustre Presidente del Congreso y su virtuosa esposa, son ahora atraídos con fuerza superior hacia Francia, en cuyo Monasterio de La Prouille han profesado dos de sus hijas.

A las familias citadas, que son las que prestan mayor animación á la vida social veraniega de Asturias, hay que añadir otras muchas, como las de Campo-Sagrado, Longoria, Agüero y sus hijos, los actuales Duques de Tarancón, y muchos otros, que contribuyen hacer sumamente agradable la vida en aquellas playas.

Algo parecido á lo dicho anteriormente, pudiera aplicarse á la florida Galicia; allí la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, descansa en su Granja de Meirás, mientras los obreros levantan un nuevo y suntuoso palacio que estará terminado dentro de pocos años; pero, de los *descansos* de la notable autora de *La Vida de San Francisco* sale siempre ganando la patria literaria.

Los Duques de Terranova tienen allí un magnífico palacio; el Marqués de la Vega de Armijo, con su hermana política, la señora de Vinyals y los hijos de ésta, Marqueses de Ayerbe, ocupan el Castillo de Mos, donde nunca faltan huéspedes que lo animan; cerrado permanece el de Monterey, desde la muerte del Marqués del Pazo de la Merced; su viuda reside en Vigo; muy linda es la posesión de los señores de Bermúdez de Castro; la Torre de Quiroga (el esposo de la señora Pardo Bazán), ocupa una posición admirable; en la de Figueras, descansa el Marqués de este nombre de sus brillantes tareas parlamentarias, al lado de su distinguida familia; y en fin, no es posible hablar del veraneo en Galicia, sin citar á Lourizán, la residencia del señor Montero Ríos, que, á semejanza de Somió, en Asturias, es la meca del fusionismo.

En Santander, conservan algunos señores antiguas casas solariegas, donde pasan el verano; en Santillana, los Marqueses de Bermejedo de Sistol y de Casa-Mena, cuyo antiguo palacio posee una de las mejores Bibliotecas de la montaña; en la Vega de Hoz, el Barón de este nombre, hoy Gobernador de Sevilla; en San Pantaleón, el Marqués de Viluma y su hermana; en Comillas, los Marqueses de este título y los Duques de Moriana; en Polanco, la posesión donde el ilustre Pereda ha escrito tan hermosas obras, mientras en el propio Santander, Menéndez Pelayo, afectado hoy por la muerte de su padre, busca lenitivo á su dolor entre los volúmenes de su grandiosa biblioteca.

Gamazo y Maura tienen también su casa cercana á Santander, y al Sardinero acude, durante el mes de Agosto, una numerosa y distinguida colonia.

Zarauz es la playa aristocrática, numerosas familias de lo que pudiéramos llamar nuestro *Faubourg*, poseen allí casas de campo y palacios magníficos, y otros se instalan en el *Grand-Hotel* y en el de la *Terrasse*; allí todo el mundo se conoce, casi todos se *tutean*.

La gente se reúne por las mañanas en la playa y acuerda las excursiones de la tarde y la casa en donde han de reunirse por la noche; otros prefieren el *proker* y el *tresillo*, y juegan mientras los excursionistas emprenden sus paseos á Orío, Cestona, Loyola ó San Sebastián.

En la actualidad, están construyendo casas en Zarauz los Marqueses de Monteagudo y los de Santillana.

San Sebastián tiene, como siempre, mucha gente; la presencia de la Corte, en Miramar, le da además una animación que en vano intentan igualar las otras playas.

El mismo Biarritz, tan elegante y distinguido, no cobra vida y se pone en tren de verdadera fiesta, hasta que se aproxima el mes de Septiembre; pero entonces sí que no hay nada comparable á la hermosa villa que puso en moda la Emperatriz Eugenia, y hacia la que también muestra singular preferencia otra hermosa soberana, la Reina Natalia de Servia.

Para cerrar esta crónica veraniega, consagraremos algunas líneas á *La Granja*, cuyo Real sitio, tuvo también sus tiempos de gran esplendor, y hoy vive solamente por la vida que le presta la presencia de S. A. la Infanta Doña Isabel.

Veranean allí, los Duques de Ahumada y Santa Lucía, Marqueses de Valdeza, Morella, Ivanrey, Haro, Valdeiglesias, Condes de Coello, Rumanes, Navas, Villaverde la Alta; Barones de Ruaya y de Shey; señores de Urbina, Santos Guzmán, Vazquez, O'Lea, Olivares, Chulvi, Bañer, Avial, Llorens, Drumen, Corral, Chavarri, Dumont, Lewenfeld, Maturana, Marín, Groizard, Boockman, Manzano, Estefani, Alós, San Gil, Arcimís, Aguirre, Oñate, Prida, Robledo, Perojo, Villanueva y Magariños.

MONTE-CRISTO



## EL Castillo del Diablo

LEYENDA DEL RHIN



«¡VERES que te cuente una leyenda; pues ahí va una que, en las noches de invierno interminables y al amor de la lumbre, se cuentan unos á otros los sencillos aldeanos de las campiñas del Rhin. Es de los tiempos del Rhingrave Hugo, y explica el origen sobrenatural de un famoso castillo, cuyo nombre no pronuncian sin cierto temor las mujeres y los niños de la comarca.»

Hoy todavía, en la cúspide de la escarpada Rheinstejn, que se levanta atrevida como ciclópea bayoneta de pórido en la orilla del río, pueden verse las ruinas de una vieja fortaleza, *El Castillo del Diablo*, donde tuvieron su nido de águilas unos antiguos condes del Rhin y hallaban refugio inexpugnable después de sus rapiñas y correrías. Pero aquellas escarpas, torres y bastiones que perduraron incólumes contra la acción del tiempo y de las ballestas y pedreros de la gente de guerra, y mucho más contra las impotentes maldiciones del vejado campesino, comenzaron después á derruirse, ante la artillería de Gustavo Adolfo y los generales de Luis XIV. A fines del siglo anterior, los revolucionarios franceses, en su paseo triunfal por los dominios de los reyes sus vecinos, se encontraron con el castillo roquero y le dieron el golpe de gracia, haciendo con él lo que con la Bastilla.

El conde Hugo era un fornido mocetón de recia y prominente mandíbula, que con la misma facilidad hendía un roble con su lanza, que se cenaba medio jabal y diez botellas del célebre vino de la tierra, cuando á la noche volvía de sus expediciones de caza ó de pillaje. Llegó un tiempo en que este fiero Rhingrave se aburría: ya no le quedaban fortalezas que asaltar, ricas abadías que allanar, ni pueblos que saquear, porque todos sus vecinos se habían apresurado á rendirle pleito homenaje; así es que cuando sordos rumores le advirtieron que podía ser atacado, sonrió vanidosamente, á la vez que miraba las anchas murallas de su castillo — cuyo emplazamiento no se conoce hoy con



precisión — y los relucientes atavíos de sus hombres de armas. Pero supo que el poderoso Elector de Maguncia se encontraba entre sus enemigos y comprendió la importancia del peligro.

Todos los días salía de descubierta y recorría las riberas del Sága, las vegas, los bosques, las cañadas, los desfiladeros, haciendo preparativos necesarios para la defensa. Una noche, regresaba al castillo, embebido en cavilaciones sobre el futuro combate, y se había adelantado gran trecho á las fuerzas de su escolta. Era invierno: la nieve, apagaba el ruido de las pisadas de su caballo y cubría la llanura y las desnudas ramas de los árboles; el cielo, estrellado, tamizaba en el espacio una luz plateada; ante él se levantaban los altos picos del Rheinstejn, ligeramente teñidos de rosa.

«Si yo tuviera en esas cimas inaccesibles un fuerte castillo, — exclamó de pronto el Rhingrave, — ni el propio Elector me inquietaría; pero sólo Dios sería capaz de construir una fortaleza en esa roca.»

«Conde, — dijo una voz que vibraba metálicamente: — de ti depende que se haga; di una sola palabra y mañana el Rheinstejn se coronará con un castillo inexpugnable.» Y Hugo vió ante sí, envuelto en roja capa, al mismo caballero, de nariz aguileña y ojos fosforescentes que siglos después tanto había de horrorizar á Margarita.

El castellano del Rhin echó de menos en este momento á su capellán, pero llevó el puño á las guardas de su espada. Una carcajada estridente, le hizo comprender que contra el Diablo era inútil mostrar bríos. — «Conde, — añadió la misma voz, — á cambio del castillo que he de fabricarte, sólo tomaré el alma del primero que se asome á una de sus ventanas. Así no serás tú el que pague mis bondades hacia ti.» — El conde Hugo se calló, pero ya le parecía ver entre las nubes la diabólica fortaleza. — «Mañana, — dijo al fin, — te responderé; déjame unas horas para pensarlo.»

Cuando, muy avanzada la noche, el Rhingrave entraba en su castillo, hizo llamar á su mujer y al capellán, y les contó la aventura. Ambos prorrumpieron en gritos de horror, al escuchar que el diablo se llevaría el alma del primer cristiano que mirara por una ventana de la fortaleza. Pero la guerra amenazaba con tan inminente peligro, que la condesa dió en pensar una solución que á todos satisficiera.

Amaneció, y la castellana tenía sin duda, puesto que le dijo al conde, que por lo visto sólo sabía dar botes de lanza — «Ve y firma el pacto que el Diablo te propone. Ten confianza en mí y todo irá bien.» — Hugo partió.

A la misma hora que la noche anterior, llegó el Rhingrave al mismo sitio desde donde se divisaba el Rheinstejn. El caballero de la capa roja también se apareció. — «Acepto tu proposición, — le dijo el conde. — Firmemos nuestro pacto», — respondió el Diablo. La noche era tan oscura que Hugo no veía; su compañero se sopló en los dedos, que alumbraron como diez cirios, y apenas el conde trazó su signo, cuando se encontró solo y en la obscuridad más completa.

A la mañana siguiente, á medida que se disipaba la niebla, se esfumaban sobre el Rheinstejn las murallas, las almenas, las torrecillas y los puentes levadizos de una fortaleza hermosa y formidable, de la que á los pocos días el Rhingrave ve con su familia y sus mesnaderos tomó solemne posesión.

El Diablo había cumplido fielmente su promesa, y el conde Hugo temblaba, pensando en quien iría á pagar con su salud eterna la posesión del castillo roquero. De pronto, se oyó un grito terrible, espantoso. El Rhingrave se precipitó hacia una aspillera, y vió una masa negra remontarse en los aires con una rapidez vertiginosa. Era el Diablo que se llevaba su presa. La víctima lanzaba gritos desgarradores, y el castellano, estremecido de terror y con los ojos desecados y fijos en el espacio, veía al infeliz retorcerse entre las garras del demonio.

Este espectáculo constituía su castigo.

¿Quién era el que se iba así á los dominios infernales? ¿Sería su mujer, su capellán ó quizás algún buen servidor?

El conde del Rhin sufría horriblemente, viendo que el grupo no era ya más que un puntillo negro que se desvanecía en el azul, cuando de pronto un cuerpo enorme vino á caer al pie del castillo. Horrorizado se echó Hugo sobre el muro, para ver á quién había causado la muerte... En este momento la castellana entraba en la estancia con aire triunfal, satisfecha de haber engañado al mismo demonio.

Era que, cuando terminó la ceremonia de la recepción señorial y habían desfilado todos los vasallos y la servidumbre, la condesa, que había mandado por el asno viejo del jardinero, lo había revestido con unos hábitos de fraile, hundiendo el amplio capuchón sobre las orejas y la cara del pobre animal.

Así convertido en un capuchino, habíanlo asomado por una ventana en actitud de admirar el paisaje, y el Diablo, engañado por la indumentaria, que no le era desconocida, se lanzó con avidez sobre su presa y se la llevó por los aires. Convencido de su error por los gritos especiales de la víctima y furioso por el engaño, arrojó colérico la bestia contra la roca, á la vez que prorrumpía en espantosas maldiciones.

Su ira satánica le hizo querer derruir su propia obra, pero ¡era tarde! La sagaz castellana y el precavido capellán habían hecho clavar una cruz en lo más alto del castillo!

SALVADOR V. DE CASTRO

